

REPUBLICA DE CHILE



SESIONES DEL CONGRESO NACIONAL

PUBLICACION OFICIAL

LEGISLATURA EXTRAORDINARIA

**Sesión conjunta del Senado y la Cámara de
Diputados, en 30 de abril de 1964**

(A las 11.9)

PRESIDENCIA DEL SEÑOR HUGO ZEPEDA BARRIOS.

SECRETARIO, EL SEÑOR PELAGIO FIGUEROA TORO.

INDICE

Versión taquigráfica

| | <u>Pág.</u> |
|--|-------------|
| I. ASISTENCIA | 3956 |
| II. APERTURA DE LA SESION | 3957 |
| III. RECEPCION DEL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA FEDERAL ALEMANA, EXCELENTISIMO SEÑOR HEINRICH LÜBKE | 3957 |

VERSION TAQUIGRAFICA

I. - ASISTENCIA:

Asisten los Senadores señores:

| | |
|------------------------|---------------------|
| —Ahumada, Hermes | —Ibáñez, Pedro |
| —Alessandri, Eduardo | —Jaramillo, Armando |
| —Alessandri, Fernando | —Larraín, Bernardo |
| —Barrueto, Edgardo | —Letelier, Luis F. |
| —Correa, Ulises | —Maurás, Juan L. |
| —Curti, Enrique | —Scpúlveda, Sergio |
| —Durán, Julio | —Torres, Isauro |
| —Enríquez, Humberto | —Wachholtz, Roberto |
| —González M., Exequiel | —Zepeda, Hugo |

Y los Diputados señores:

| | |
|-----------------------------|-----------------------------------|
| —Aguilera, Luis | —Juliet, Raúl |
| —Alessandri, Gustavo | —Lehuedé, Héctor |
| —Allende, Nicanor | —Lorca, Alfredo |
| —Ballesteros, Eugenio | —Loyola, Gustavo |
| —Basso, Osvaldo | —Martín, Luis |
| —Bucher, Federico | —Maturana, Fernando |
| —Bulnes, Jaime | —Miranda, Hugo |
| —Bunster, Manuel | —Momberg, Hardy |
| —Cancino, Fernando | —Monckeberg, Gustavo |
| —Checura, Juan | —Morales, Carlos |
| —Cuadra, Domingo | —Morales, Joaquín |
| —Cvitanic, Jorge | —Morales, Raúl |
| —Da Bove, Gastón | —Muñoz, Carlos |
| —De la Fuente, Gabriel | —Ochagavía, Fernando |
| —Donoso, Guillermo | —Oyarzún, José |
| —Edwards, Enrique | —Parada, Jovino |
| —Eluchans, Edmundo | —Pareto, Luis |
| —Enríquez, Inés | —Peñafiel, Juan |
| —Follert, Carlos | —Ramírez de la Fuente, Alfonso |
| —Foncea, José | —Reyes, Tomás |
| —Fuentes, Samuel | —Rioseco, Manuel |
| —Fuentealba, Renán | —Rodríguez, Ana |
| —Galleguillos, Florencio | —Rosales, Carlos |
| —Gaona, Renato | —Ruiz-Esquide, Rufo |
| —González, Carlos | —Schaulsohn, Jacobo |
| —Guerra, Bernardino | —Sharpe, Mario |
| —Gumucio, Rafael Agustín | —Stark, Pedro |
| —Hamuy, Mario | —Tuma, Juan |
| —Hillmann, Fritz | —Urzúa, Iván |
| —Holzapfel, Armando | —Urrutia de la Sotta, Ignacio |
| —Hübner, Jorge Iván | —Widmer, Juan |
| —Huerta, Miguel | —Zepeda, Hugo |
| —Hurtado, Rubén | |

Concurren, además, los Ministros del Interior, don Sótero del Río; de Relaciones Exteriores, don Julio Philippi; de Economía, Fomento y Reconstrucción, don Manuel Pereira; de Hacienda, don Luis Mackenna; de Educación Pública, don Alejandro Garretón; de Justicia, don Enrique Ortúzar; de Defensa Nacional, don Carlos Vial Infante; de Obras Públicas, don Ernesto Pinto; de Agricultura, don Ruy Barbosa; de Tierras y Colonización, don Federico Peña; del Trabajo y Previsión Social, don Miguel Schweitzer; de Salud Pública, don Francisco Rojas; de Minería, don Luis Palacios,

Actúa de Secretario el del Senado don Pelagio Figueroa Toro.

Integran la Mesa el Presidente de la Cámara de Diputados don Hugo Miranda Ramírez y el Secretario de la misma Corporación, don Eduardo Cañas Ibáñez.

Se hallan, asimismo, presentes: el Nuncio de Su Santidad, Excmo. señor Egano Righi, y los Embajadores: de Bélgica, Excmo. señor Alain de Thysebaert; de España, Excmo. señor Tomás Suñer y Ferrer; de Alemania, Excmo. señor Hans Strack; de Noruega, Excmo. señor Jorgen Magnus Finne-Grønn; de Paraguay, Excelentísimo señor Alberto Nogués; de Brasil, Excmo. señor Fernando Ramos de Alençar; de Gran Bretaña, señor Robert D. J. Scott; de India, Excmo. señor Perala Ratnam; de El Salvador, Excmo. señor Héctor Palomo; de China Nacionalista, Excmo. señor Tang Wu; de Suecia, Excmo. señor Gustav Bonde; de Costa Rica, Excmo. señor Isaac Felipe Azofeifa; de Holanda, Excmo. señor Duco Middelburg; de Uruguay, Excmo. señor Julio César Vignale; de Francia, Excmo. señor Christian Auboyneau; de Colombia, Excelentísimo señor Antonio José Lemos; de Israel, Excmo. señor Uri Naor; de Venezuela, Excmo. señor Alfredo Celis; de Austria, Excmo. señor Harald Gödel.

S. E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA FEDERAL DE ALEMANIA LLEGA AL CONGRESO.

A las 11.10 llega al Salón del Congreso el Presidente de la República Federal de Alemania, Excmo. señor Heinrich Lübke, acompañado de su esposa, señora Wilhelmine de Lübke, y de la comitiva presidencial encabezada por el Ministro de Asuntos Exteriores de la República Federal de Alemania, señor doctor Gerhard Schröder.

A su llegada al Salón de Honor, el Excelentísimo señor Heinrich Lübke es saludado por la Comisión de Pórtico, integrada por los Honorables Senadores señores Ulises Correa, Enrique Curti y Sergio Sepúlveda y los Honorables Diputados señores Luis Aguilera, Federico Bucher, Carlos Follert, Gustavo Monckeberg, Luis Pareto, Pedro Stark y Juan Tuma.

II. APERTURA DE LA SESION.

—Se abre la sesión a las 11.9, en presencia de 18 señores Senadores y 65 señores Diputados.

El señor ZEPEDA (Presidente).—En el nombre de Dios, se abre la sesión.

III. RECEPCION DEL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA FEDERAL DE ALEMANIA, EXCELENTISIMO SEÑOR HEINRICH LÜBKE.

El señor ZEPEDA (Presidente del Senado).—Excelentísimo señor Presidente de la República Federal de Alemania y distinguidos miembros de vuestra comitiva; Excelentísimo señor Presidente de la Corte Suprema; Excelentísimo señor Presidente de la Cámara de Diputados; Eminentísimo señor Cardenal; Excelentísimos señores Embajadores; señores Ministros de Estado; Honorables señores Senadores y Diputados; señores Jefes de las Fuerzas Armadas y de Carabineros; señores Rec-

tores de las universidades; señoras y señores:

Uno de los Parlamentos más antiguos del mundo, que ha sobrepasado ya los ciento cincuenta años de existencia, os abre hoy sus puertas para recibirnos, Excelentísimo señor, con la acogida entusiasta, el afecto espontáneo y la franca sinceridad que acompañan a la recepción que un amigo brinda a otro, máxime, como en el caso vuestro, en que para llegar a este lejano solar de Chile habéis tenido que cruzar mares y montañas, ciudades y países, que si bien nos distancian geográficamente de vuestra bella tierra progresista, no afectan en nada la estrecha vecindad de alma que felizmente, a través de muchas generaciones, han mantenido los hijos de la patria de Goethe con los hijos de la patria de Gabriela Mistral.

En nombre del Parlamento de Chile, tengo, pues, el alto honor y la íntima satisfacción de daros nuestra más cordial bienvenida, a la par que formulo votos por que vos, la Excelentísima señora Lübke y la distinguida comitiva que os acompaña, tengan una gratísima estada entre nosotros.

Excelentísimo señor:

Hace ya más de un siglo, un hombre cabalmente chileno, es decir, que lleva la Patria y la aventura en el corazón, Vicente Pérez Rosales, en su calidad de agente de inmigración del Gobierno, instaló en el sur vegetal y lluvioso de nuestro país, en la provincia de Valdivia, a un puñado de inmigrantes germanos, valerosos y esforzados, a fin de que realizaran allí tareas colonizadoras, tal como lo establecía la ley de 18 de noviembre de 1845, suscrita por el Presidente Bulnes y el Ministro Montt.

~ No sin motivo, entonces, aquél pudo decir, en sus céebres "Recuerdos del Pasado", que "la inmigración para Valdivia era, pues, la benigna visita que le hacían las luces, las artes y las riquezas materia-

les, para sacarla de la postración en que se hallaba.”

A su vez, el sabio profesor don Carlos Anwandter expresó, en cierta ocasión, como vocero del grupo de inmigrantes: “Seremos chilenos honrados y laboriosos, como el que más lo fuere. Unidos a las filas de nuestros nuevos compatriotas, defendemos nuestro país adoptivo contra toda agresión extranjera, con la decisión y la firmeza del hombre que defiende a su patria, a su familia y a sus intereses”.

Hoy, a más de cien años de distancia, las palabras de Pérez Rosales y de Anwandter adquieren extraordinaria vigencia, pues Valdivia es una de las más adelantadas provincias del país y los descendientes de los 397 colonos, que arribaron al puerto de Corral en el curso de 1850, son nuestros compatriotas. Muchos de ellos han sobresalido en los campos de la industria, del comercio, de las artes, de la política. Aquí mismo, en esta Salón de Honor del Congreso Nacional, toman asiento distinguidos parlamentarios, en cuyas venas corre sangre alemana y chilena, fundidas a lo largo del tiempo y el amor, el trabajo y el ideal.

¿Cómo no recordar, en este instante, los nombres de Rodulfo Armando Philippi, de Rugendas, del general Koerner, de Federico Hansen, que ejercieron notable influencia en nuestro desenvolvimiento científico y artístico, en la formación de los institutos armados de la República, en el desarrollo educacional del país?

Se diría que la jornada épica de los esforzados colonos del sur, en donde el rubio germano, con el hacha y el arado, laboró junto al chileno de tez morena, abriendo valles, caminos y surcos, confundió a dos razas, a dos culturas, a dos pueblos distantes y distintos, pero que, en horas de alegría y de dolor, supieron hermanar sus regocijos y sus ansiedades.

En efecto, no hace mucho tiempo —en mayo de 1960—, cuando fuerzas de una naturaleza desatada y despiadada asola-

ron un tercio del territorio nacional, reduciendo a escombros a Valdivia, vuestro Gobierno y vuestro pueblo, Excelentísimo señor, estuvieron al lado de nuestro Gobierno y de nuestro pueblo, ayudándonos, primero, a disipar las negras sombras de la catástrofe, y después, a alzar ladrillo a ladrillo esa hermosa ciudad devastada.

Alemania, una vez más, se hacía presente en el corazón dolorido de Chile, y ese mismo corazón, restañadas ya sus heridas, se abre hoy para recibirnos con fraternal afecto y para decirnos que os sintáis como en vuestra casa, como se halla en ella todo compatriota vuestro que llega a este país.

Excelentísimo señor:

Os encontráis, en estos momentos, en gira por un continente que alguien llamó de la esperanza y del mañana.

Sin embargo, más allá de todo simbolismo, América Latina es el continente de hoy y de la realidad.

Sobre más de doscientos millones de seres humanos se cierne, como espada amenazante, el dilema de solidaridad o desintegración, pues bien sabemos que América Latina no puede continuar siendo una gran nación deshecha, y que hoy se está imponiendo en el mundo una tendencia pluralista en las relaciones internacionales, ya que el esquema de la polarización de naciones en torno de dos grandes potencias carece de eficacia en esta hora, pues los pueblos en vías de desarrollo hacen oír voces que expresan angustia y temores.

Habitamos un continente en erupción, en donde el ingreso medio “per capita” apenas alcanza a un poco más de 300 dólares, mientras en otras regiones supera los 2.000; en donde la explosión demográfica exhibe un ritmo del 2,8 por ciento anual, en tanto que la tasa de crecimiento del producto nacional es de sólo 3 por ciento, y en donde, además, las condiciones económicas han sufrido un persistente deterioro, motivado por presiones in-

flacionarias graves y por el debilitamiento de la relación de precios del intercambio.

Por ello resulta difícil difundir el ideal democrático y proclamar la bondad de ciertos regímenes económicos en un hemisferio donde predominan condiciones sociales que nos vinculan a la humanidad sumergida del subdesarrollo.

Sin embargo, conscientes de que la región posee una extraordinaria pujanza y riquezas potenciales ilimitadas, y persuadidos de que, en 1970, cerca de 300 millones de latinoamericanos formaremos una densa comunidad de producción y de consumo, estamos buscando, con firmeza y denuedo, los caminos de la integración económica, como paso previo a una posterior y necesaria integración política.

En este empeño no hacemos otra cosa que seguir, aunque con bastante retraso, el ejemplo que nos dan las naciones más desarrolladas del mundo, como la vuestra, Excmo. señor, que se han movido rápidamente hacia la constitución de grandes grupos unitarios, como la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, como el Mercado Común Europeo, como la Comunidad Europea de la Energía Atómica.

De allí que, en la actualidad; América Latina está creando su propia fuerza de motivación: una vigorosa política que expanda los mercados internacionales para sus materias primas, que obtenga sustanciales mejoras en los términos del intercambio, que logre una afluencia de recursos adecuada a sus necesidades de crecimiento económico y que nos procure la asistencia tecnológica apta para impulsar nuestra industrialización en marcha, con el objeto de que la región no prosiga acogiéndose a la asistencia financiera externa en medida cuyo servicio constituye una carga demasiado pesada para su capacidad de pago.

Tal política está comprometida con gobiernos y pueblos, ya que su aplicación im-

porta movilizar, de manera dinámica, el esfuerzo interno latinoamericano.

Y así ha sido, felizmente.

En efecto, el 18 de febrero de 1960 siete países de América latina, entre los cuales estaba el nuestro, suscribieron un tratado multilateral para establecer una Zona de Libre Comercio e instituir la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, que se denominó "Tratado de Montevideo", instrumento internacional cuya vigencia práctica procuramos perfeccionar día a día.

Posteriormente, el 13 de diciembre de 1960, se firmó en Managua el Tratado General de Integración Económica Centroamericana, que vinculó a cuatro naciones del istmo.

Empero, ocho meses más tarde, el 17 de agosto de 1961, las repúblicas americanas, reunidas en Punta del Este e inspiradas en los principios consagrados en la Carta de la Organización de los Estados Americanos, en la Operación Panamericana y en el Acta de Bogotá, acordaron, entre sí, constituir la Alianza para el Progreso, que importa el más vasto proyecto cooperativo del continente para promover una vida mejor para todos sus habitantes, al amparo de la libertad y de las instituciones de la democracia representativa.

Todo ello venía a culminar la infatigable acción sostenida, en el seno de la Asamblea de las Naciones Unidas, por los países latinoamericanos, que, desde 1947, habían asumido un puesto de avanzada con el objeto de elevar, al primer plano de la atención mundial, el problema del atraso económico y social de las zonas subdesarrolladas.

Para conseguir las finalidades que tan pálidamente os he dibujado, ha sido preciso vencer el peso de mentalidades reacias al cambio, intereses domésticos engrandecidos y un panamericanismo que no trascendía más allá de las palabras, hueco e invertebrado.

Sin embargo, las metas que América Latina exigió a la Alianza para el Progreso, hasta el momento no han sido alcanzadas en grado satisfactorio.

Ello, ¿por qué?

Sencillamente, porque no han bastado el esfuerzo interno de los países latinoamericanos y la ayuda externa de Estados Unidos y de organismos financieros regionales; porque, como lo manifestó, no hace mucho, en Londres, el presidente del Banco Interamericano de Desarrollo, señor Felipe Herrera, "América latina necesita la ayuda de Europa y de otras zonas desarrolladas para contener el deterioro de su comercio exterior y mejorar los términos de su intercambio comercial".

Por desgracia para nosotros, en esta enorme empresa, en la cual se juega el futuro de América Latina, no se han hecho presentes, en la medida en que hubiéramos deseado, los países altamente industrializados del Viejo Mundo, que han preferido vaciar en el continente africano su mayor cuota de recursos materiales, elementos humanos y asistencia técnica, de modo que los pueblos que habitan en esa región han podido, así, quemar etapas en su avance cultural y en su desenvolvimiento socio-económico.

Precisamente, para atraer la preocupación de las naciones industrializadas, respecto del régimen vigente en el comercio internacional, del cual aquéllas son beneficiarias, los países de América Latina se reunieron, en marzo último, en Alta Gracia, y aprobaron una Carta, en la cual se estatuyen los lineamientos esenciales de una política unificada de comercio exterior, que se ha planteado y sostenido en la Conferencia Mundial de Comercio y Desarrollo de Ginebra.

América Latina, a pesar de sus iniciativas tendientes a ampliar el volumen de sus exportaciones, está siendo progresivamente desplazada en el comercio internacional, cuya actual estructura está promo-

viendo una separación, cada vez más grave, entre los niveles de vida de las naciones desarrolladas de las que aún no lo son.

Por ello, junto con expresar su inquietud por este hecho, que debe ser corregido, América Latina ha señalado la responsabilidad que cabe a los países industrializados, en orden a buscar fórmulas que procuren un cambio en el régimen de comercio exterior, a fin de permitir así un reparto más justo de los bienes, que acelerare el ritmo de crecimiento de las sociedades en vías de desarrollo.

Asimismo, América Latina ha subrayado la obligación ineludible que sus pueblos deben asumir: la reforma de sus sistemas económicos y sociales como el único medio eficaz para aprovechar, en forma más amplia, las posibilidades en hombres y riquezas de que disponen.

No olvidemos que la inestabilidad financiera, política y social, deriva del subdesarrollo, y éste provoca, a su vez, aquélla. Urge, en consecuencia, salir de este círculo vicioso y negativo.

Coincidente con tal pensamiento, la Carta de Alta Gracia expresa, en una de sus partes: "América Latina advierte que una más equitativa distribución de la riqueza entre las naciones es un imperativo moral que no puede ser desatendido, pues las injustas condiciones existentes en el comercio internacional son una grave amenaza a la paz de los pueblos".

Excelentísimo señor:

He procurado esbozar los rasgos más esenciales que configuran la política de integración económica que está impulsando nuestra región y que Chile, como perteneciente a ella, comparte en latitud y profundidad.

Al hacerlo desde esta alta tribuna, abrigo el propósito de que se tome cabal conciencia acerca de los delicados problemas de Latinoamérica que, en mayor o menor medida, son consubstanciales a todos y a cada uno de los países que la forman.

Vivimos horas agobiadas de incerti-

dumbres y sobresaltos, cuyo dramatismo no nos es lícito ocultar a quienes la ciudadanía nos ha entregado su representación y sus anhelos. De allí que no podemos desperdiciar oportunidades para mostrar el rostro sombrío que hoy exhibe América Latina, cuya suerte está ligada a la gran causa de la paz mundial.

Excelentísimo señor:

Vuestra presencia en el Continente está proclamando, de manera rotunda, que Europa, y muy especialmente la República Federal Alemana, retoma el camino hacia Latinoamérica, que antaño recorriera con tanta frecuencia, trayéndonos el aporte inapreciable de su cultura milenaria y de sus valiosos recursos humanos y materiales, de lo cual Chile es buen ejemplo, porque el alma de este pueblo se formó en el molde de la civilización cristiana y occidental, que es también la del vuestro.

Por tal motivo, saludamos la estada de Vuestra Excelencia y de su comitiva en nuestro país como un hecho altamente auspicioso, y formulamos, desde lo más hondo de nuestros espíritus, votos muy sinceros por que vuestra gira tenga el mayor de los éxitos y sea factor de promoción de un más estrecho intercambio, de todo orden, entre Chile y la República Federal Alemana.

El extraordinario resurgimiento socio-económico de vuestro país, logrado por intermedio del sistema denominado "Economía del Mercado Libre", y el cual contó con el esfuerzo y disciplina permanentes del hombre y de la mujer alemanes, es un ejemplo que los pueblos del hemisferio guardan con sincera admiración.

En este momento singular de América Latina, Europa, y con ella la República Federal Alemana, tiene una palabra que decir y una política que ejecutar en el campo del comercio externo, política que ya, alguna vez, definió claramente vuestro actual Canciller, profesor Ludwig Erhard, al aseverar lo que sigue: "Nuestro comercio exterior toma, nuevamente, una orien-

tación espiritual, es el símbolo de la gran idea de solidaridad que debe unir libremente a todos los mercados y comerciantes del mundo. Ya no se escuda más tras el dinamismo errado de un nacionalismo económico. Una concepción tal de nuestra exportación y de nuestra importación nos permite afirmar que podremos servir, cada vez mejor, nuestros legítimos intereses nacionales si nos esforzamos, primeramente, en dar a nuestra economía una forma más internacional."

Excelentísimo señor:

Si evocamos, con detención, la ya larga crónica que registra los hechos más sobresalientes, enaltecedores de la estrecha y franca amistad que, desde siempre, ha ligado a nuestras patrias, sin duda alguna encontraremos episodios que os podrían explicar, cabalmente, los motivos que han tenido el pueblo de Chile, sus autoridades de Gobierno, el Parlamento y la prensa nacional para brindaros una recepción tan calurosa como extraordinaria.

Hemos recordado ya aspectos de nuestro desarrollo científico, artístico y tecnológico, de nuestro progreso económico y social, que subrayan una vinculación que hunde sus raíces en páginas muy singulares de la historia chilena.

Empero, hay, además, sucesos comunes que, en el pasado como en el presente, encontraron a chilenos y alemanes compartiendo similares inquietudes, realizando acciones que, no obstante moverse en planos diferentes, en escenarios distintos, obedecían a estímulos semejantes, pues ambos países han tratado invariablemente como ahora de exteriorizar una buena voluntad recíproca. Pareciera existir un hilo invisible, un nexo muy particular, entre la Prusia de Europa y "La Prusia de América", como nos calificó, cierta vez, el eminente historiador don Francisco Antonio Encina.

Dijérase, entonces, que la rectoría espiritual ejercida por el pueblo alemán, en épocas diversas, tuvo aquí amplias pro-

yecciones. En más de una oportunidad, sus gobernantes adoptaron decisiones que habrían de reclamar, después, la gratitud eterna de la nación chilena.

Por ello, nosotros, en ocasiones que son propicias, hemos procurado pagar, con moneda de comprensión y de lealtad, lo mucho que la noble nación alemana ha hecho por esta república.

Excelentísimo señor:

El afán de aventura, de riesgo y de hombría, de los 397 colonos alemanes que, en 1850, llegaron a las costas australes de Chile, no se ha desvanecido con el paso del tiempo y de las generaciones.

Antes, por el contrario, es la imagen de la amistad centenaria entre nuestros países, de la cual vos sois altísimo intérprete.

Quiera la Providencia que tan bello símbolo permanezca, como una antorcha de llama siempre encendida, iluminando la hermandad de dos pueblos, forjada en la sangre, el trabajo y la esperanza.

He dicho.

(Aplausos).

Tiene la palabra el Excelentísimo señor Presidente de la República Federal de Alemania.

El señor LÜBKE (Presidente de la República Federal de Alemania).—Herr Präsident, Exzellenzen, meine Herren Senatoren und Abgeordneten, meine Damen und Herren:

Für den herzlichen Empfang, den Sie mir bereitet haben, und Ihre freundlichen Begrüßungsworte, Herr Präsident, danke ich Ihnen sehr. Es ist mir eine besondere Ehre, vor diesem Hohen Hause sprechen zu können; eine Ehre die ich sehr zu schätzen weiss, weil Chile auf eine lange demokratische Tradition und eine beachtenswerte Stetigkeit seines Verfassungslebens zurückblicken kann. Hier im Parlament können wir uns zu den Idealen bekennen, die uns gemeinsam sind und die unsere Politik bestimmen. Denn das Parlament eines Landes verkörpert den Geist der Freiheit und den Willen zur Verwirklichung

einer selbstgewählten rechtsstaatlichen Ordnung.

Zunächst möchte ich Ihnen als den gewählten Vertretern des freien chilenischen Volkes die freundschaftlichen und von Herzen kömmenden Grüsse des deutschen Volkes überbringen. Darin sind auch eingeschlossen die herzlichen und kollegialen Grüsse des Deutschen Bundestages und seines Präsidenten, Herrn Dr. Gerstenmaier.

Als Vertreter der deutschen Nation bin ich zu Ihnen gekommen, um damit zum Ausdruck zu bringen, dass die Gemeinsamkeit der Interessen und Ideale, die Deutschland und Chile seit einhalb Jahrhunderten verbindet, tief im Bewusstsein des deutschen Volkes lebt. Über Meere und Kontinente hinweg beweist unsere Freundschaft, dass auch in dieser modernen Welt das uns gemeinsame, unzerstörbare Verlangen nach Freiheit und sozialer Gerechtigkeit sowie die gleichen Vorstellungen von der Würde und dem Auftrag des Menschen die stärksten Bindungen zwischen den Völkern schaffen.

Europa und Lateinamerika, Deutschland und Chile sind freie und gleiche Mitglieder der freien Welt. Ihr kulturelles, soziales und staatliches Leben wird aus den gleichen Quellen gespeist. Die hervorragende Zusammenarbeit auf dem Gebiete des Schulwesens in Ihrem Lande ist ein Beweis dafür. Ich hörte, dass in Chile 45 deutsche Schulen sind.

Millionen von Europäern, die in Iberoamerika eine neue und grosse Heimat gefunden haben, sind ein starkes verbindendes Element. Alle freien Völker sind heute zu einer Schicksalsgemeinschaft geworden, für deren Wohl und Wehe jeder von uns Verantwortung trägt. Wir sind uns dieser Verantwortung bewusst.

Unter diesem Aspekt will die Bundesrepublik Deutschland, gemeinsam mit den anderen europäischen Ländern und mit den Vereinigten Staaten, das wirtschaftliche Wachstum Lateinamerikas fördern

und zu seinem sozialen Aufstieg in freier, rechtsstaatlicher Ordnung beitragen. Im Verhältnis zu den umfangreichen Entwicklungsproblemen, die der stürmische Wachstumsprozess der lateinamerikanischen Staaten zwangsläufig aufwirft, kann freilich unser Beitrag nur bescheiden sein. Schon jetzt werden in fast allen Ländern dieses Subkontinents Reformen und Entwicklungsprogramme durchgeführt, die unsere uneingeschränkte Bewunderung verdienen. Ich bin voller Zuversicht, dass Lateinamerika seine Probleme meistern wird. Wir Deutschen werden dabei nach Kräften helfen.

Alle finanziell leistungsfähigen Nationen der freien Welt müssen im eigenen Interesse nach Kräften den Völkern helfen, die sich bisher wirtschaftlich noch nicht voll entfalten konnten. Eine solche Hilfe kann nur dann Erfolg haben, wenn alle Partner befähigt werden, an dem steigenden Wohlstand angemessenen Anteil zu haben. Durch eine derartige Zusammenarbeit, die keiner politischen Bindungen bedarf, kann die freie Welt einen Vorsprung gewinnen, der jeden Versuch einer kommunistischen Unterwanderung zum Scheitern verurteilt.

Als Ausfuhrland industrieller Erzeugnisse ist die Bundesrepublik Deutschland dringend an der Erhaltung und Erweiterung seiner traditionellen Handelsbeziehungen zu den lateinamerikanischen Ländern interessiert. Der Pflege und dem weiteren Ausbau dieser Beziehungen wollen wir daher unsere ganze Aufmerksamkeit widmen. Wir setzen uns entschieden ein für eine weltoffene Aussenwirtschaftspolitik der Europäischen Wirtschaftsgemeinschaft. In gleicher Weise befürworten wir alle Massnahmen, die geeignet sind, den Handel mit Rohstoffen auf eine gesunde Basis zu stellen.

Die Botschaft des deutschen Volkes, die ich Ihrer Nation überbringe, ist daher ein Bekenntnis zur gegenseitigen Hilfe bei den gemeinsamen Bemühungen um eine besse-

re Zukunft, in der alle Bürger die Früchte ihrer Arbeit in Freiheit und Frieden geniessen können. Wir wollten damit auch unsere Dankbarkeit beweisen, dass Chile in guten und schlechten Tagen treu an unserer Seite gestanden und des unabdingbaren Recht des deutschen Volkes auf die Wiederherstellung seiner Einheit vor aller Welt verteidigt hat. Wir haben unser Land aus Schutt und Asche wieder aufgebaut. Aber die äusseren Zeichen des Wiederaufstiegs können nicht darüber hinwegtäuschen, dass die grossen nationalen Probleme noch immer — 19 Jahre nach dem Ende des Krieges — ungelöst sind.

Ziel der deutschen Politik wird es immer sein, die Einheit Deutschlands durch die Anwendung des Selbstbestimmungsrechtes wiederherzustellen. Dieses Recht, das jeder Nation der Welt zusteht, kann auf die Dauer auch uns nicht vorenthalten werden. Unsere Politik verzichtete von Anfang an auf jede Gewaltanwendung, wie auch auf die Herstellung und den Gebrauch nuklearer Waffen. Wir können aber nicht darauf verzichten, über unser Schicksal in freien Wahlen selbst zu entscheiden.

Wir wissen, dass Ihre Nation von einer durch nichts zu erschütternden Liebe zur Freiheit erfüllt ist. Schon Simón Bolívar hat das bestätigt und deshalb ist dies auch in Ihrer Nationalhymne als feierliche Verpflichtung festgelegt. Auf dem Verlangen nach Freiheit und Gerechtigkeit beruht das Verständnis, das wir in Chile für unser Streben nach Wiederherstellung der Einheit unseres gewaltsam zerrissenen Vaterlandes gefunden haben. Daran werden sich die Deutschen noch in Zeiten dankbar erinnern.

Chile und Deutschland sind einander in besonderem Masse geistig verwandt. Die Freundschaft und ehrliche Zuneigung unserer beiden Völker, die auch durch die beiden Weltkriege nicht erschüttert wurden, gründen auf vielfältigen Bindungen. Dieses Land hat nie einen engen Natio-

nalismus gekannt. Sein geistiges Leben ist geprägt von einer weltoffenen, toleranten Gesinnung. Bereitwillig hat Ihr Land viele Tausende deutscher Einwanderer aufgenommen und es ihnen ermöglicht, ihren alten Bräuchen treu zu bleiben. Ich bin sicher, dass es gerade diese grosszügig gewährte Freiheit war, die jene Siedler und ihre Nachkommen zu echten, treuen chilenischen Staatsbürgern machte. Je unverbrüchlicher und erfolgreicher diese Chilenen deutscher Abstammung ihrer *neuen* Heimat dienen, um so wirksamer helfen sie auch ihrer alten *deutschen* Heimat.

Die Tatsache, dass sich auch in Ihrer Mitte, meine Herren Senatoren und Abgeordneten, so mancher Traeger alter deutscher Familiennamen befindet, will mir als der beste Beweis hierfür erscheinen. Eserfüllt mich mit grosser Genugtuung, das deutsche Einwanderer und ihre Nachkommen als Bauern, Facharbeiter, Handwerker, Forscher, Lehrer, Geistliche, Militaerberater, Kaufleute und Industrielle bei der Erschliessung und dem Aufbau Ihres Landes wertvolle Dienste leisten konnten.

Herr Präsident, meine Herren Senatoren und Abgeordneten!

Im Bekenntnis zu den hoechsten Gütern unserer Lebensordnung und in dem festen Entschluss, sie zu verteidigen, vereinen sich unsere beiden Nationen.

Diese Gemeinsamkeit ist das Unterpand für unsere unverbrüchliche Freundschaft. Moege diese Freundschaft ein Symbol der Voelkerverstaendigung und des Friedens sein.

¡Dios bendiga a Chile y a su pueblo!
(Aplausos).

—La versión en castellano del discurso pronunciado por el Excelentísimo señor Lübkke es la siguiente:

“Señor Presidente, Excelencias, Honrables Senadores y Diputados, señoras y señores:

Por el cordial recibimiento que me ha-

béis dispensado y por vuestras amables palabras de salutación, os doy, señor Presidente, mis más expresivas gracias.

Es para mí un honor especial poder hablar ante este digno Parlamento, honor que aprecio muy en alto, porque, precisamente, Chile tiene larga tradición democrática y notable continuidad en su vida institucional.

Aquí en el Parlamento podemos proclamar los ideales que nos son comunes y que determinan nuestra política, pues el Parlamento de un país resume el espíritu de la libertad y la voluntad de realizar un orden jurídico libremente elegido.

En primer término, quiero transmitir a vosotros, los representantes elegidos del libre pueblo chileno, los saludos cordiales y profundamente amistosos del pueblo alemán, incluyendo los saludos cordiales y fraternales del Bundestag alemán y de su Presidente, el doctor Gerstenmaier.

Como representante de la nación alemana, he venido a visitaros para expresar con ello que la comunidad de intereses e ideales que une a Alemania y Chile desde siglo y medio, vive profundamente en la conciencia del pueblo alemán.

Más allá de los mares y continentes, nuestra amistad es prueba de que aún en nuestra época moderna, el indestructible deseo común de libertad y justicia social, así como las idénticas concepciones acerca de la dignidad y destino del hombre, crean los lazos más poderosos entre los pueblos.

Europa y América latina, Alemania y Chile son miembros libres e iguales del mundo libre. Su vida espiritual, cultural, social y estatal se nutre de las mismas fuentes, como lo demuestra la excelente cooperación en el terreno de la educación primaria y secundaria en vuestro país. He oído que Chile tiene 45 colegios alemanes.

Millones de europeos, que han encontrado en Iberoamérica una patria nueva y grande, son elementos que nos unen poderosamente. Todos los pueblos libres se han convertido hoy en una comunidad de destino, de la cual somos responsables todos

y cada uno de nosotros. Tenemos plena conciencia de esta responsabilidad.

Por eso, la República Federal de Alemania quiere fomentar el crecimiento económico de la América latina, juntamente con los otros países europeos y con los Estados Unidos, y contribuir a su elevación social dentro de un orden de libertad y derecho. Sin embargo, es verdad que nuestro aporte no puede ser más que modesto con relación a los amplios problemas de desarrollo que plantea necesariamente el impetuoso proceso de crecimiento económico de los Estados latinoamericanos.

Desde ya, se están realizando, en casi todos los países de este continente, reformas y programas de desarrollo que merecen nuestra admiración ilimitada.

Abrigo la firme esperanza de que América latina solucionará sus problemas. Como contribución, nosotros, los alemanes, prestaremos nuestra asistencia en la medida de nuestras fuerzas.

Todas las naciones del mundo libre con capacidad financiera deben, en su propio interés, ayudar a aquellos pueblos que no han podido desarrollar plenamente su economía hasta el momento. Tal ayuda sólo puede ser eficaz a condición de que todos los que intervienen estén capacitados para obtener una justa participación en el creciente bienestar.

Por tal colaboración, que no necesita de compromisos políticos, el mundo libre puede obtener un avance que condene al fracaso cualquier intento de subversión comunista.

Como país exportador de productos industriales, la República Federal de Alemania está profundamente interesada en mantener y aun expandir sus tradicionales relaciones comerciales con los países latinoamericanos. Por esto, dedicaremos toda nuestra atención a cultivar y extender todavía más estas relaciones. Abogamos decididamente por que el Mercado Común Europeo siga una política comercial abierta al mundo. Asimismo, favorecemos

todas las medidas capaces de poner al comercio de las materias primas en una base sana.

Por ello, el mensaje del pueblo alemán que traigo para vuestra nación, es profesión de fe en la ayuda mutua y en los esfuerzos comunes para un futuro mejor en que todos los ciudadanos puedan gozar de los frutos de su trabajo en libertad y paz.

Queremos, además, dejar constancia de nuestra gratitud, porque Chile se ha mantenido fielmente a nuestro lado, en buenos y en malos días, y porque ha venido defendiendo, ante todo el mundo, el derecho inalienable del pueblo alemán a la reunificación. Hemos reconstruido nuestro país sacándolo de la ceniza y los escombros. Pero los signos exteriores del resurgimiento no deben hacernos olvidar que nuestros grandes problemas nacionales siguen sin solución ¡19 años después de terminada la guerra!

La finalidad de la política alemana será siempre reunificar a Alemania mediante el derecho de autodeterminación. Este derecho, que corresponde a cualquier nación del mundo, no se nos podrá negar a la larga. Nuestra política renuncia, desde el principio, a cualquiera aplicación de violencia, como también a la producción y uso de armas nucleares. Pero no podemos renunciar al derecho de decidir nosotros mismos, en elecciones libres, nuestro destino.

Sabemos que vuestra nación siente un amor inquebrantable por la libertad. Ya Simón Bolívar lo confirmó y, por ello, su himno nacional lo consagra como obligación solemne. En vuestra sed de libertad y justicia se basa la comprensión que hemos encontrado en Chile por nuestra aspiración a la reunificación de nuestra patria violentamente dividida. Aun en un futuro lejano, los alemanes lo recordarán con gratitud.

Chile y Alemania tienen particular parentesco espiritual. La amistad y la sincera inclinación mutuas de nuestros pueblos,

que tampoco fueron quebrantados por las dos guerras mundiales, se fundan en múltiples lazos. Este país no ha conocido nunca un estrecho nacionalismo. Su vida espiritual lleva el sello de la amplitud y la tolerancia. Con buena disposición, vuestro país ha acogido a muchos miles de inmigrantes alemanes, permitiéndoles mantenerse fieles a sus viejas costumbres. Estoy seguro de que ha sido precisamente esta libertad tan generosamente concedida lo que ha hecho de aquellos colonos y sus descendientes, ciudadanos chilenos auténticos y fieles. Cuanto más inquebrantable y eficazmente estos chilenos de descendencia alemana sirvan a su *nueva* patria, tanto más vigorosamente ayudan con ello también a su antigua patria *alemana*.

Que también entre vosotros, Honorables Senadores y Diputados, haya no pocos portadores de antiguos apellidos alemanes, me parece la mejor prueba de lo antedicho. Me llena de satisfacción que inmigrantes alemanes y sus descendientes hayan podido prestar valiosos servicios en la exploración y edificación de vuestro país, en su calidad de campesinos, trabajadores especializados, artesanos, investigadores, profesores, sacerdotes, asesores militares, comerciantes y empresarios industriales.

Señor Presidente, Honorables señores Senadores y Diputados:

Nuestras dos naciones se unen en la profesión de fe en los valores más altos de

nuestro orden vital y en la firme decisión de defenderlos. Esta comunidad es prenda de garantía de nuestra amistad inquebrantable. Ojalá que ella sea símbolo de la comprensión entre los pueblos y de la paz.

¡Dios bendiga a Chile y a su pueblo!

El señor ZEPEDA (Presidente del Senado).— Excelentísimo señor:

En nombre del Senado y la Cámara de Diputados, tengo el alto honor de entregaros, en este acto solemne para la democracia chilena, una medalla de oro que os servirá para recordar vuestra visita a nuestro Parlamento y, al mismo tiempo, como testimonio permanente del afecto, simpatía y admiración del pueblo chileno hacia vos y vuestra grande, noble y progresista nación.

El señor LÜBKE (Presidente de Alemania Federal).— Señor Presidente, os agradezco cordialmente vuestro generoso gesto, y os aseguro que esta medalla me acompañará toda mi vida y será un recuerdo de la visita que he hecho a un pueblo amistoso.

—(Aplausos).

El señor ZEPEDA (Presidente del Senado).—Se levanta la sesión.

—Se levantó a las 11.50.

Dr. René Vuskovic Bravo,
Jefe de la Redacción.